

Héctor E. Recalde

**La presidencia de
Raúl Ricardo Alfonsín
(1983-1989)**

**De la primavera democrática
al desencanto**

 Grupo Editor Universitario

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	7
I. LA RETIRADA DE LA DICTADURA Y LA REACTIVACIÓN DE LA POLÍTICA	11
II. ALFONSÍN Y LOS CRÍMENES DE LA DICTADURA TERRORISTA	31
III. LA SITUACIÓN ECONÓMICA Y SOCIAL	53
IV. LA RELACIÓN CON LOS SINDICATOS	65
V. LA IGLESIA EN DEMOCRACIA	71
VI. EL PROYECTO EDUCATIVO	85
VII. LOS CONSEJEROS DE AFONSÍN: POLÍTICOS, INTELLECTUALES Y EXPERTOS	95
VIII. LA POLÍTICA EXTERIOR	105
IX. CRISIS Y RETIRADA ANTICIPADA DEL GOBIERNO	115
EPÍLOGO	127
BIBLIOGRAFÍA	129

PRESENTACIÓN

En diciembre de 1983, después de casi ocho años de dictadura militar, asumía la Presidencia de la Nación Raúl Ricardo Alfonsín, elegido democráticamente. Se restablecía de esa manera la normalidad institucional, que se ha mantenido desde entonces. Fue el fin de un largo ciclo de golpes de Estado iniciado medio siglo atrás y la recuperación de la posibilidad de que el pueblo decidiera en las urnas quiénes quería que lo gobernaran. Para el partido que asumía el gobierno se trataba de la recuperación de la 'República perdida' en 1930, con el golpe que derrocó a Hipólito Yrigoyen, cuestión que fue tratada en un film documental con ese nombre estrenado en 1984. Una normalización que iría acompañada, según se prometió, del respeto a los derechos sociales inherentes a una auténtica democracia.

El 'retorno de la democracia' despertó grandes expectativas entre la mayoría de la población, que reaccionó con entusiasmo. Gran parte de la gente veía con alivio la retirada de un régimen que no había resuelto ninguno de los crónicos problemas nacionales, más bien los había agravado profundamente, y que, además, nos había llevado a una guerra de desastrosos resultados; una activa minoría, por su parte, reclamaba el castigo de los horrendos crímenes cometidos durante esos años. Sólo algunas corporaciones, de una influencia potencial muy grande, miraban con recelo el restablecimiento del orden constitucional: los militares, sectores importantes de la jerarquía eclesíastica, buena parte de la dirigencia sindical y los representantes del gran poder económico.

Las mayorías populares y la minoría más politizada compartían los entusiasmos propios de una nueva etapa que muchos imaginaban como fundacional. Como suele ocurrir, los más enfervorizados eran los jóvenes, que animaron la vida política y universitaria, aportando los contingentes más numerosos y entusiastas a las movilizaciones y a los actos partidarios. También se aglomeraron para cantar con sus grupos preferidos y llenaron las salas de cine para ver las películas extranjeras largamente prohibidas y contemplar una producción nacional que encaró temas hasta entonces vedados. Suprimidos los aparatos de censura, explícitos e implícitos, la radio, la televisión y los medios gráficos se abrieron a temas y discusiones audaces. Entre los medios, creció la influencia de 'la tele', cuya presencia en un número cada vez mayor de hogares la dotó de un influjo considerable, cuyos efectos se harían especialmente notables durante la presidencia del sucesor de Alfonsín, el presidente Menem, que se valió de ella para promocionar sus propuestas neoliberales.

La metamorfosis inducida por la normalización institucional fue muy importante en el ámbito educativo, donde se restablecieron libertades y derechos que habían sido conculcados. No sólo

se renovaron los contenidos sino que se modificó el trato entre enseñantes y alumnos que -no sin resistencias, especialmente en las escuelas de educación media- comenzó a transitar el camino del respeto mutuo. Fueron, sin duda, los mayores logros de la educación 'en y para la democracia', que no pudo, en cambio, superar las restricciones que imponían las condiciones socioeconómicas para un acceso realmente democrático al sistema educativo en todos sus niveles. Es más, los que accedieron y egresaron de las escuelas primarias y medias recibieron una educación de diferente calidad, según su condición social; la universidad, como siempre, estaba fuera de las posibilidades y expectativas de casi todos los jóvenes provenientes de familias de bajos ingresos.

De acuerdo a lo que manifestó Alfonsín en su discurso inaugural ante la Asamblea Legislativa, además de cumplir con las formalidades democráticas había que garantizar un nivel de vida decoroso al conjunto de los habitantes, superando los grandes bolsones de pobreza que presentaba la Argentina. Para ello se debía posibilitar que todos accedieran a una buena alimentación y a servicios de salud y educación de calidad, primeros pasos hacia una efectiva democratización. Como lo señaló el líder radical durante su campaña electoral y lo subrayó al asumir su cargo, su gobierno aspiraba promover una democracia 'con contenido social'. En ese aspecto las condiciones eran muy poco favorables y como se iría viendo en los años siguientes era imposible atemperar los males ocasionados por la pobreza y al mismo tiempo cumplir con los servicios de la elevada deuda externa, en medio de la caída de los ingresos públicos, una balanza comercial negativa y una escasa tenencia de reservas, erosionada, además, por la demanda de una multitud de compradores que buscaban preservar sus pequeños ahorros y unos pocos grandes grupos económicos que fugaban capitales. Tampoco era posible revertir las profundas desigualdades sociales cuando la carga impositiva seguía recayendo sobre los que menos tenían, en tanto que los grupos económicos concentrados continuaban beneficiados por una gran cantidad de exenciones y transferencias.

Acompañando las expectativas de mejora material resurgieron los entusiasmos culturales y el deseo de vivir libres de controles autoritarios. En este aspecto no faltaron, por cierto, las reacciones de rechazo a ciertas expresiones que determinados grupos consideraban 'ajenas a nuestra tradición'. De esa manera, lo que para muchos fue una oportunidad de expresar alegría, rompiendo las trabas moralistas impuestas durante la dictadura, para otros (muchos menos, aunque muy ruidosos) fue la expresión bochornosa de una lujuria decadente. El responsable de ese estado social, ajeno a 'nuestra cultura', era (según decían los guardianes de la moralidad pública) el gobierno nacional.

Sobre la cuestión del terrorismo de Estado no había una opinión unánime, ya que existían sectores -cuantitativamente minoritarios, aunque influyentes- que explícita o implícitamente defendían la represión ilegal ejercida durante la dictadura. La corporación militar, por su parte, protagonista de esos hechos aberrantes, se defendía reconociendo sólo algunos 'excesos' (propios, según decían, de cualquier guerra), cometidos al servicio de la patria. Las reacciones de este sector ante los intentos de castigar a los responsables de las violaciones a los derechos humanos se reiteraron a lo largo de los seis años del gobierno de Alfonsín, mostrando su poder desestabilizador

A pesar de los rechazos que se manifestarían rápidamente, la primera etapa fue de gran entusiasmo y el gobierno buscó capitalizar el apoyo que tenía desplegando varias iniciativas transformadoras. De esa manera, en el momento en que contaba con más respaldo popular Alfonsín anunció ambiciosos proyectos de reformas que apuntaban a la creación de una 'Segunda República'. Los cambios irían desde el traslado de la ciudad capital al establecimiento de un régimen de tipo parlamentario, siguiendo el modelo de los países europeos. Con estas innovaciones se buscaba impulsar el desarrollo regional, equilibrar la distribución demográfica y superar tensiones institucionales que hasta entonces habían desembocado en golpes de Estado.

Finalmente, estos ambiciosos proyectos no pudieron ir más allá de una ley de capitalización que nunca se hizo efectiva.

Lo que ocurrió es que las condiciones estructurales de nuestra economía marcaron los límites de la acción del gobierno, que no pudo (y seguramente no quiso) enfrentar a los grupos económicos concentrados locales y a los grandes intereses externos que limitaban nuestro crecimiento. Todo lo demás vino por añadidura, conduciendo finalmente a la frustración de un sueño en el que muchos creyeron.

Los últimos meses del gobierno de Alfonsín fueron particularmente dramáticos: un nuevo alzamiento 'carapintada' y un desconcertante ataque civil a una unidad militar; cortes programados de energía eléctrica, en pleno verano; anuncios agoreros, que impulsaron la corrida hacia el dólar; una inflación disparada hasta límites completamente desconocidos, que puso a muchos miles de familias al borde de la desesperación; los asaltos a los supermercados en Rosario, Córdoba y varios partidos del Gran Buenos Aires, que evidenciaban el extremo nerviosismo de los más pobres; los agolpamientos ante las pizarras de las casas de cambio del microcentro porteño, reflejando las inquietudes de los sectores medios, temerosos ante la pérdida de sus ahorros. Todo ello considerablemente amplificado por su difusión televisiva. Finalmente, la renuncia anticipada... y una nueva ilusión, que también terminaría en estrepitoso fracaso.

Este recorrido de la ilusión al desencanto es el que presentamos a continuación. Luego de haber reconstruido personalmente ese proceso, la reflexión que se nos ocurre es que los proyectos de cambio deben contar con actores sociales políticamente organizados y dispuestos a embestir contra los que defienden el *statu quo*. Su falta en los 80 y aún hoy día, es lo que explica la persistente crisis que soporta nuestro país en el último medio siglo.

Villa Luro, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, setiembre de 2013